

CAPITULO VI

UNA PALABRA SOBRE EL P. NITARD

SUMARIO: 1. El P. Everardo Nitard es elevado por la Reina Doña Mariana de Austria a los primeros cargos de la política y hecho por el Papa Alejandro VII Inquisidor Supremo.—2. Caída estrepitosa del P. Nitard a los tres años de su privanza.—3. ¿Qué parte tuvo la Compañía de Jesús en este suceso?

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Memorias del P. Nitard*.—2. *De rebus Cardinalis Nitardi*.—3. Archivo secreto del Vaticano *Nunziatura di Spagna*.—4. *Lettere dei Vescovi*.

1. Durante largo tiempo estuvimos determinados a no mencionar siquiera en nuestra Historia el nombre del P. Nitard. Son tan extraños los sucesos de este hombre y tan ajenos a la historia de la Compañía, que nos pareció debíamos prescindir enteramente de la vida de este Padre, como de un hombre que en casi nada nos tocaba. Un jesuita trasplantado por voluntad de la Reina al campo de la política; entregado del todo a los negocios públicos durante tres años y secuestrado, digámoslo así, por los políticos, pertenece a nuestra Historia, como podría pertenecer la vida de un jesuita a quien hubieran cautivado los moros y detenido en Argel algunos años. Sin embargo, como Nitard era religioso de la Compañía, y, con ocasión de su desgracia, se dijeron y se han repetido varias impertinencias contra nuestra Orden, hemos juzgado oportuno hablar brevemente sobre este sujeto singular, para desvanecer algunas ideas erróneas que han corrido contra los jesuitas (1).

(1) El episodio histórico del P. Nitard ha sido estudiado principalmente por dos autores. El primero es D. Manuel Danvila y Collado (*Reinado de Carlos III*, tomo II, p. 483 y siguientes). Al acercarse al gran hecho de la supresión de la Compañía, dedica unas doscientas páginas a explicar la suerte que corrió nuestra Orden en España en los tiempos anteriores. Escribe fundándose en gran copia de documentos y con criterio, no solamente católico, sino

El P. Juan Everardo Nitard nació en el Castillo de Falkenstein (Austria) el 7 de Abril de 1607. Después de varios sucesos, que no es necesario referir, entró en la Compañía el año de 1631 y terminados felizmente los estudios, ejerció algún tiempo el oficio de profesor de teología. En esta situación se hallaba cuando fué escogido para confesor de Doña Mariana de Austria, hija del Emperador, que debía casarse con nuestro Rey Felipe IV. Al venir a España esta célebre princesa en 1649, la acompañó como ordinario confesor suyo el P. Nitard.

Diez y seis años vivió Felipe IV después de su enlace con Doña Mariana, y en todo este tiempo nuestro P. Nitard desempeñó sin queja de nadie, que sepamos, su oficio de confesor. Habiendo adquirido la confianza del Rey, fué nombrado individuo de varias Juntas, de aquellas que se formaban para el despacho de particulares negocios, tocantes generalmente a la religión o a la mejora económica del pueblo. Fué miembro Nitard de la Junta llamada de *Reformación de las costumbres*, y también tomó parte en la Junta tan piadosa constituida para promover la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción. Tanto se acreditó en el desempeño de este cargo, que Felipe IV, al fin de sus días, con-

también benévolo con la Compañía y el P. Nitard. Dos cosas nos desagradan en este autor: la primera son ciertos elogios que tributa al P. Confesor de Doña Mariana de Austria, y a nosotros nos parecen innecesarios. Cree que Nitard fué un gran carácter y un personaje ilustre en nuestra política. Nosotros no lo creemos así, como lo verá el lector. La segunda es el imaginarse que el hecho del P. Nitard es uno de los acontecimientos más importantes en la historia de la Compañía de Jesús. No hay tal. Este episodio es una anomalía extraña, un paréntesis desagradable en nuestra historia, la cual pudiera muy bien escribirse sin mentar al P. Nitard. El otro autor que ha estudiado estos hechos es D. Gabriel Maura Gamazo (*Carlos II y su Corte*, tomo I). Este trabajo es mucho más profundo y completo que el anterior y nos presenta el verdadero retrato de Nitard y de D. Juan de Austria. Solamente nos ha extrañado alguna inexactitud en la expresión de ciertas ideas y tal cual alusión algo singular a la Compañía, como si nuestra vida religiosa tuviera la culpa de ciertos yerros cometidos por el P. Nitard. También debemos recomendar los artículos recientemente publicados en *Razón y Fe* por el P. Alberto Risco, S. I., con el título *Juan de la Tierra (narración histórica)*. Aunque esta narración se presenta con el aspecto de amena literatura, contiene mucha miga histórica y se funda en los mejores documentos. Todas las historias de España suelen detenerse más o menos en explicar este hecho; pero sus relatos son superficiales y no merecen tomarse en cuenta, cuando se trata del profundizar la cuestión.

cibió, según dicen, el proyecto de hacerle Cardenal (1). A la hora de la muerte el afligido Monarca quiso tener, cabe si, al confesor de su esposa, y expiró auxiliado en su último trance por el Padre Everardo Nitard.

Muerto el Soberano, como su sucesor Carlos II era todavía niño de cuatro años, quedó el Gobierno en manos de la Reina viuda Doña Mariana de Austria. La buena señora, dotada de no mucho talento y de apocado espíritu, aturdida con el tráfigo de tantos y tan complicados negocios, necesitaba alguna persona en cuyo consejo pudiera descansar. Sus ojos se volvieron espontáneamente al P. Confesor, y desde entonces observaron todos en Madrid, que el P. Nitard que solía ser llamado una o dos veces no más por semana para confesar a la Reina, era invitado ahora todos los días y se pasaba largos ratos en conversación con Su Majestad. Pronto se conoció el secreto de aquellos prolongados coloquios; pronto se supo que los expedientes de los negocios pasaban a manos del P. Confesor, y al poco tiempo fué un secreto a voces en Madrid, que el principal consejero e inspirador político de la Reina era el jesuíta Everardo Nitard.

Fué verdaderamente colosal el yerro que cometió el P. Confesor al entrar por este camino sin consultar, según parece, el negocio con nadie. Pasar de confesor a consejero político de la Reina era meterse en un oficio claramente prohibido por nuestras reglas. El oficio del P. Nitard era *la dirección moral*, no *la dirección política* de Doña Mariana. Al salir de su esfera cometió un desacierto gravísimo y atrajo sobre sí la tempestad que al cabo le derribó en tierra y de paso atribuló bastante a la Compañía. Son curiosos los dos primeros decretos que, según él mismo nos dice, inspiró a Doña Mariana luego de morir Felipe IV. El primero fué prohibiendo las comedias, «por pedirlo así la gravedad del caso y circunstancias de su presente estado, siendo (como dice el Espíritu Santo) inoportuna la música en tiempo de llanto». El otro, que completaba el anterior, disponía: «Que cesen enteramente las comedias hasta que el Rey mi hijo [decía la Reina] tenga edad para gustar de ellas o yo no mandare otra cosa» (2). Con estas simplezas empezaba su carrera política el buen Padre Nitard.

(1) No veo bien probado este hecho que Danvila admite sin vacilar. (*Reinado de Carlos III*, tomo II, p. 484.)

(2) *Memorias del P. Nitard*, t. XIV.

No se contentó Doña Mariana con tenerle a su lado como consejero puramente privado. Quiso darle un puesto oficial. Felipe IV había dispuesto en su testamento, que se formase una Junta de seis personas ilustres, llamada *Junta de Gobierno*, para que asistiese a Doña Mariana y la ilustrase en las resoluciones políticas que hubiera de tomar. A los pocos meses, por Enero de 1666, resolvió Doña Mariana reformar aquella Junta e introdujo en ella a nuestro P. Everardo.

No se satisfizo la Reina con esta distinción; trató de hacerle Inquisidor Supremo de toda España, dignidad que no podían obtener los extranjeros según las leyes del Reino. Para vencer este obstáculo, la Reina hizo que se nacionalizase en España el Padre Everardo, y cumplido este requisito, le concedió, como a español, la dignidad de Inquisidor Supremo. El Papa Alejandro VII, a ruego de la Soberana, no tuvo dificultad en confirmar la elección, y el 15 de Octubre de 1666 expidió un breve confirmando aquella dignidad al P. Nitard (1). Adivinase el mal estómago que esto causaría en el alto clero español, viendo pasar a manos de un extranjero aquella dignidad tan rica y tan genuinamente española; pero el respeto a la autoridad real y la veneración al Sumo Pontífice habían llegado en España hasta el último extremo. La Reina lo quiso, el Papa lo ordenaba, y todo el mundo tuvo paciencia.

Aunque no poseyera el jesuíta un título oficial que le igualase al de los modernos Presidentes de Gabinete, aunque podía decirse que era uno de tantos empleados en el gobierno de España, sin embargo, la confianza absoluta que en él depositaba la Reina, el favor privilegiado que ella y también el Embajador del Imperio depositaban en Nitard, hizo que éste, sin tener título oficial que le encumbrase sobre los otros Ministros, fuese en realidad el principal gobernante de España en los tres años que corrieron desde Enero de 1666 hasta Febrero de 1669. Todo pasaba por sus manos, todo era examinado por él y todo se despachaba según su dictamen.

Ahora bien. ¿Cómo se portó el P. Nitard en ese puesto privilegiado a que le subió el favor de la Reina? Ciertamente su política fué bien desgraciada. Procedió, sin duda, con todo desinte-

(1) Consérvase copia del decreto de la Reina y del breve pontificio al principio del tomo *De rebus Cardinalis Nitardi*.

rés; despachó los negocios como hombre honrado, y nadie le pudo notar esos defectos y miserias que tan frecuentemente acompañan en el mundo a la mayoría de los políticos. No hubo en su tiempo esos nepotismos y favoritismos que tanto repugnan en los gobernantes; pero sin adolecer de esas miserias, el P. Nitard inspira compasión por su inexperiencia y falta de talento. Su política fué incierta y vacilante en lo exterior; su gobierno dentro de la nación, flojo y desmañado. No vemos en él ningún plan político bien o mal definido; no aparece en su carrera ningún pensamiento nuevo, ninguna iniciativa fecunda, ninguna reforma radical, ninguno de esos actos que caracterizan al verdadero hombre de Estado y cambian en un sentido o en otro la situación del país. No tuvo habilidad para ganarse la simpatía de nadie, fué elevado porque así lo quiso la voluntad soberana de la Reina; pero hizo tristesísima figura en su elevación. Nos parece exacta la breve pintura que de este hombre nos ha hecho el Sr. Maura Gamazo en su notable trabajo histórico *Carlos II y su Corte*. «No fué Nitard estadista, dice el Sr. Maura, sino funcionario; no reformador de Instituciones o al menos de costumbres, sino gestor asiduo y probo de los negocios» (1). Conservemos esta última frase que nos parece expresar fielmente el carácter político del jesuita austriaco. El P. Nitard, sin meterse en más honduras, iba despachando a diario, según le dictaba su conciencia, los negocios tan variados y heterogéneos que se iban presentando en su bufete. De esta suerte continuó desde Enero de 1666 hasta el 25 de Febrero de 1669.

En ese día cayó estrepitosamente la estatua de su pedestal, y el P. Nitard salió desterrado para siempre de Madrid. ¿Cuál fué la causa de esta desastrosa caída?

2. Digamos algunas palabras sobre el célebre rival político del P. Nitard, D. Juan José de Austria. Este hijo bastardo de Felipe IV, habido en una cómica llamada María Calderón (vulgo la Calderona), nació en Madrid, calle de Leganitos, el 6 de Abril de 1629. Fué criado en León con mucho secreto. A los trece años, en 1643, le reconoció su padre, le puso casa conforme a la dignidad de hijo de Rey (2) y mandó que se le diera el título de *Sere-*

(1) *Carlos II y su Corte*, t. 1, p. 448.

(2) Véase en Maura Gamazo (*Carlos II y su Corte*, t. 1, p. 176) la serie de servidores altos y bajos (son unos cincuenta) que formaron la casa de don Juan.

nisimo. Durante algunos años continuó todavía estudiando, hasta que en 1647 le nombraron Príncipe del Mar, título que recordaba el que se dió al otro D. Juan de Austria, hijo de Carlos V.

Adornado con esta dignidad y acompañado siempre de algunas personas graves que le dirigiesen en sus empresas, se embarcó en Cádiz y se encaminó con las naves a Nápoles, donde contribuyó a terminar la revolución popular llamada de Masaniello. Desde entonces escandalizó a todos con la licencia de sus costumbres; pero, como solía suceder, se le perdonaban fácilmente estos deslices, considerando que corría sangre real por sus venas. En 1652 vino a Cataluña, y durante cuatro años al lado del Marqués de Mortara, hizo algo para concluir aquella guerra encarnizada que había desolado el Oriente de España.

En 1656 fué enviado a Flandes. Dos años se entretuvo en aquel país, manifestando, más que sus calidades guerreras, que no las tenía, su ambición desapoderada y su impetuosidad de carácter. La derrota de Dunquerque le dejó muy melancólico, y fué llamado a España, donde permaneció algún tiempo sin hacer cosa notable. Después salió otra vez a luz para gran desventura nuestra. Felipe IV le puso a la cabeza del ejército que hacía la guerra de Portugal. Si en Flandes tuvo mala fortuna, peor la alcanzó don Juan en esta guerra. A su aturdimiento se debieron varios reveses, y sobre todo la derrota de Estremoz, que fué el mayor desastre padecido por nuestras armas en el curso de aquella guerra.

Afligido por tal contratiempo, contrariado porque su padre no gustaba que permaneciese en la Corte y alimentando ensueños de loca ambición, se retiró a la villa de Consuegra. Aquí vivía cuando, en Setiembre de 1665, llegó el momento de la muerte de Felipe IV. Cuando supo D. Juan la grave enfermedad del Monarca, corrió a Madrid para besarle la mano. Pidió audiencia a su padre, pero éste no se la quiso conceder. Instaron varias personas influyentes, y el moribundo se negó siempre, repitiendo: *Que vuelva a Consuegra*. Y, efectivamente, hubo de volverse D. Juan, sin haber tenido el consuelo de ver a su padre moribundo.

Desde que empezó la regencia de Doña Mariana aspiró don Juan a gobernar a su lado, y para esto creyó que podía servirle de medio el P. Everardo Nitard. Ya en vida de Felipe IV había tenido ocasión de conocerle; ya le había escrito algunas cartas humildes para implorar su favor, y hasta se cuentan algunas de ellas, en que terminaba D. Juan llamándose *rendido esclavo* del

P. Confesor. Ahora recurrió a su intercesión, rogándole que le obtuviese el vivir en la Corte. La Reina, lejos de acceder a esta petición, estaba firme en el propósito de no dejar vivir a don Juan en la Corte. Fueron y vinieron cartas a Consuegra y, sin duda para defenderse de tanta importunidad, la Reina encargó arreglar este asunto al P. Nitard. Durante algunos meses no sólo se cruzaron cartas, sino que tuvieron alguna entrevista de incógnito el P. Confesor y el Príncipe desairado. En el curso de estas negociaciones, vino a entender D. Juan que el P. Nitard, en medio de frases corteses y vagas promesas, realmente opinaba que se le debía alejar de la Corte, y aun se imaginó que el principal impugnador de sus pensamientos era el jesuita austriaco. Desde entonces concibió contra él un odio irreconciliable.

En Junio de 1666 pasó D. Juan de Consuegra a Guadalajara, y allí comenzó aquella guerra literaria de pasquines, libelos y todo género de escritos, que por sí y por otros amigos difundió contra el P. Nitard. Cuando éste fué hecho Supremo Inquisidor, en Octubre de 1666, el odio de D. Juan se acrecentó y los libelos contra el P. Nitard fueron cada vez más insolentes. En uno de ellos se sostenía con mucha seriedad que sería lícito dar la muerte al Confesor de Su Majestad (1). Entretanto, se observó en el público que D. Juan iba ganando amigos, al mismo tiempo que los perdía el P. Nitard. Después de muchos meses de esta guerra literaria, después de súplicas sin cuento a la Reina Doña Mariana, por fin, en Junio de 1667, obtuvo D. Juan ser admitido en el Consejo de Estado, y, por cierto, con distinciones extraordinarias, debidas, según él creía, a la dignidad de un hijo del Rey. Diez meses vivió en el Palacio del Buen Retiro, hasta principios de 1668, y en todo este tiempo nunca disminuyó su enemistad contra el Inquisidor Supremo. Muy lejos de esto, hasta concibió la idea de matarle. Fué nombrado Gobernador de Flandes; pero no mostraba ningún deseo de dirigirse a su destino. Sólo se retiró de España hacia la Coruña, con la apariencia de que iba a embarcarse, cuando ya tuvo prevenida una conspiración para asesinar al P. Nitard (2). Un capitán aragonés llamado Juan de Ma-

(1) Intitulábase este libelo *Avisos a la Reina Nuestra Señora*.

(2) Antes había proyectado el crimen por medio de un francés, llamado el marqués de Saint Aunais, que se paseaba por Madrid, pero se frustró el pensamiento. Véase a Maura Gamazo (*Carlos II y su Corte*, t. 1, p. 333 y siguientes).

llada, con unos cuantos sicarios que tenía a sus órdenes, se ofreció a cometer el crimen. Don Juan se fué a la Coruña para disimular con su ausencia la participación en el atentado; pero éste no tuvo el éxito que se esperaba. El complot fué descubierto el 2 de Junio de 1668; Juan de Mallada fué sorprendido durante la noche, juzgado sumarísimamente por tres jueces y agarrado a las pocas horas.

Entretanto, buscaba D. Juan pretextos para no embarcarse, y en el verano de 1668 le mandó, por fin, la Reina retirarse a Consuegra. Allí pasó algún tiempo, atizando siempre la guerra contra el P. Nitard, y hasta buscó otros sicarios que ejecutasen lo que el difunto Mallada no había podido hacer. Llegó a tanto su atrevimiento y tales agitaciones políticas iba causando en España, que en Madrid se tomó la resolución de prenderle. Enviáronse las órdenes oportunas; pero el bastardo tuvo noticia de lo que se preparaba, y el 22 de Octubre de 1668 desapareció de Consuegra. Había enviado la víspera una carta sentidísima a la Reina Doña Mariana, en la cual, como comprenderá el lector, procuraba explicar su conducta e imputar todos los males de la nación al P. Confesor de la Reina. El pobre P. Nitard era la cabeza de turco, sobre quien descargaban todos los golpes. El tenía la culpa de todos los males presentes y pasados de España. ¡Era triste, en verdad, la suerte de nuestra nación en aquellos aciagos días! ¡Verse obligada a escoger para su gobierno entre un enredador como D. Juan de Austria y una nulidad política como el P. Nitard! Porque, efectivamente, mientras se aumentaban las simpatías hacia D. Juan, iba perdiendo el Inquisidor los pocos amigos y partidarios que le quedaban. El tratado de Aquisgrán y algunos otros actos de política internacional, desventajosos para nuestra patria, habían acrecentado la aversión de casi todos los españoles al jesuita extranjero. La impopularidad de Nitard llegó a su colmo, y, aunque todos conocían la aviesa condición y las malas entrañas de D. Juan de Austria, se inclinaban hacia él, por apartar de sí el espantajo del P. Everardo.

Al principio nadie supo el paradero de D. Juan cuando huyó de Consuegra. Días después se tuvieron noticias de que estaba en Aragón, y al cabo de algún tiempo se oyó que se hallaba en Barcelona. Allí fué muy auxiliado por sus amigos y rodeado de consideración por el Virrey de Cataluña. Desde Barcelona llovieron cartas de D. Juan a la Reina, a los Presidentes de los

Consejos, a todo hombre, en fin, que pudiera influir en la política. Todas declaraban el respeto hacia la Reina, todas protestaban de las buenas intenciones de D. Juan, y todas proclamaban que era inevitable apartar de la Corte y arrojar fuera del Reino al P. Confesor.

A principios de 1669 D. Juan determinó venir a Madrid. Ya se había discutido en la Corte si convendría prenderle en Barcelona; pero la situación del bastardo había mejorado tanto, que desde luego se consideró impracticable tal proyecto. D. Juan se adelantó por Monserrat y Lérida hasta Zaragoza. En la capital aragonesa fué recibido con aire de triunfo, casi como pudiera serlo un rey. Viendo de tal modo engrosadas las filas de sus partidarios, que ya su acompañamiento iba tomando visos de ejército, apresuró el paso, y con gran denuedo se presentó, a mediados de Febrero, en Torrejón de Ardoz, tres leguas de Madrid. Llevaba en torno suyo 600 caballos. Algo perturbados todos los hombres de gobierno, pensaron por de pronto en reunir fuerzas militares y ponerse en condiciones de resistir al rebelde. Amenazaba estallar una verdadera guerra civil; pero Dios lo impidió por la intervención del Papa y de su Nuncio.

El Sumo Pontífice iba siguiendo con cierta zozobra las vicisitudes de aquella lucha política que perturbaba a toda España. Observando el movimiento que había contra el jesuita austriaco, discurrió, naturalmente, que el medio más obvio de restablecer la paz sería el retirarse de su puesto el P. Nitard. Dió las oportunas instrucciones a Federico Borromeo, Patriarca de Alejandria, su Nuncio en España, el cual se presentó a nuestra Reina el 20 de Enero de 1669. Entregó a Su Majestad dos breves del Sumo Pontífice y un memorial en lengua castellana. La sustancia de aquellos documentos era suplicar a Doña Mariana, que atendiese las insinuaciones del Nuncio, para restablecer la paz en una nación tan benemérita. Otros dos breves debía entregar el Nuncio, uno a D. Juan de Austria y otro al Inquisidor Everardo Nitard. Vióse con éste Borromeo, y en los términos más corteses que pudo le indicó que dimitiese su cargo y se retirase de España por el bien de la paz y para tranquilidad del país. Le aseguró que si se retiraba a Roma, el Sumo Pontífice le agraciaría con el capelo cardenalicio. Al pronto se sublevó indignado el ánimo de Nitard. ¿Por qué retirarse, si él era inocente y la culpa de todo la tenía D. Juan de Austria? Empero, aplacado algún

tanto su corazón, manifestó, por fin, que haría lo que ordenase Su Majestad la Reina. El Nuncio, cada vez más persuadido de que la retirada de Nitard era el medio único de llegar a la paz, habló también con los hombres más importantes en el gobierno.

Dirigióse después a tratar del mismo negocio con D. Juan de Austria, y le halló tan insolente y aferrado a su idea de expulsar al confesor, que terminó la entrevista con estas durísimas palabras: «Si para el martes no había salido el P. Nitard por la puerta, entraría él en Madrid para arrojarle por la ventana.» Refirió estas palabras a la Reina el Nuncio de Su Santidad, y no sólo ella, sino todos convinieron en que no había otra solución para aquel intrincado negocio. El 24 de Febrero, después de larga deliberación, el Consejo de Castilla tomó el acuerdo de suplicar a Su Majestad fuese servida de apartar de su lado al P. Nitard. Sintió vivísimo dolor la pobre señora de leer el acuerdo; pero las circunstancias eran tales, que no era posible dictar algún otro. Derramando lágrimas de sus ojos, escribió Doña Mariana al margen del acuerdo su aprobación oficial.

Ya estaba de más en España el P. Everardo. Al día siguiente, 25 de Febrero de 1669, el Cardenal de Toledo, acompañado de varios guardias, presentóse en lujosa carroza a la puerta de la Inquisición, bajó el P. Nitard con el breviario debajo del brazo, entró en la carroza, y entre los silbidos de una chusma soez, pagada por D. Juan para insultarle, se retiró de Madrid hacia Fuencarral y continuó lentamente su viaje hasta Roma, donde entró el 9 de Mayo.

Algún tiempo después le hicieron Cardenal, como se lo tenían prometido. En Roma vivió los doce años que aún le duró la vida, hasta que murió en 1681. Tal fué el término de aquella lucha encarnizada entre la perversidad y la ineptitud; como suele suceder, sucumbió la ineptitud y prevaleció la perversidad.

3. ¿Qué parte tomó la Compañía en todo este negocio? ¿Cómo se portaron ella y Nitard, por lo que toca a la observancia de nuestro santo Instituto? Ante todo creemos necesario confesar, que el mismo P. Everardo no estuvo exento de alguna culpa. Ya notamos más arriba el yerro que cometió cuando, prevalido de su cargo de confesor, empezó a dar consejos políticos a la Reina Doña Mariana. En esto había más yerro intelectual que culpa moral. Después se mostró ciertamente intachable en las costumbres y hasta penitente y austero en su vida privada. En medio